

CARMEN

Sin darle importancia.

Pues sí que es grave, padre.

ISIDRO

Más que piensas; porque ésta es en lo mío propio, en los galones que tú dices... ¡Vocear estando en clase, y yo, un bedell... ¡Por ti había de ser!

CARMEN se encoge de hombros: el viejo, como si cumpliera un acto religioso, enfunda su chaqueta de uniforme.

Así... ¿te enteras?... Mis canas de padre y mi conciencia de hombre Dios sabe cómo estarán á estas horas, de barro y de vergüenza... Pero debajo de esta gorra y de esta ropa, como son tantos años de cumplir, pues me parece que ganan y se limpian... ¡Hasta para que me entierren, las prefiero á un hábito!

CARMEN

Chochea usted; pero, en fin, haga lo que quiera.

ISIDRO

Calándose la gorra con orgullo.

Ya está hecho.

CARMEN

Sólo que, esta tarde, después de la lección, vendrá el señor Quintana. Y porque no le viera en esa facha; porque hay manías que si no se explican extrañan al de fuera, yo escondí la ropa. Ahora, si usted prefiere ser usted mismo el que se esconda, eso á su gusto.

ISIDRO

Está entendido.

CARMEN

Yo quería ahorrarme de decírselo á la cara... pero como usted porfía hasta el final...

ISIDRO

¡Sí, hija mía; si estoy hecho! De modo que, después de prácticas...

Consulta el reloj.

Y á don Julio Quintana, director de Instrucción y en vísperas de ser ministro, ¿qué se le ha perdido aquí?

CARMEN

Dinero no será; creo que viene á ver á Pablo,

porque le ha conseguido el nombramiento para ese Congreso de Alemania.

ISIDRO

Ya. ¿Y Pablo tendrá que marcharse...?

CARMEN

Naturalmente; él lo ha pedido... ¿Qué quiere usted decir?

ISIDRO

Ha vuelto á mirar el reloj.

Nada, ahora; cállate, que voy á abrir la puerta.

Y con una gravedad de funcionario en el uso de sus funciones, llega hasta la puerta de cristales, se quita la gorra y abre.

CARMEN

¡Hasta la coronilla me tienen sus pamplinas!

ISIDRO

¡Silencio en los patios! Va á salir el señor catedrático.

Introduce el busto por la puerta entreabierta y se le oye decir:

Pablo, señores, ¡la hora!

CARMEN

¡Bah, está loco!

Sale PABLO, rodeado de sus tres discípulos ENRIQUE, GUEVARA y ESTREMER. ISIDRO, gorra en mano, les da paso. Luego vuelve á cerrar la puerta y va á sentarse en una silla junto á la del fondo. CARMEN contesta con una inclinación á la inclinación de los estudiantes, que se detienen al verla en la sala.

GUEVARA

Señora.

CARMEN

Señores.

CARMEN recoge el sombrero que dejó sobre el mármol de la chimenea y se dispone á salir hacia su cuarto.

PABLO

Al movimiento de su mujer y dejando de atender á sus discípulos.

Un momento; perdón.

A su mujer.

Carmen, no te vayas; tengo que hablarte.

CARMEN

Volveré en seguida; es un minuto.

PABLO

Como quieras.

Sale CARMEN por la lateral derecha primer término; los estudiantos, más á sus anchas, rodean al maestro.

ENRIQUE

¿Y dice usted, don Pablo, que la teoría de Erlich le convence á usted?

PABLO

No: ahora nada. Van ustedes á hacerme el favor de estudiar á su hora lo necesario, tampoco más; créanme ustedes. Pero van á prometerme, en cambio, olvidar que existe la ciencia, todo el resto del día. Es un consejo desinteresado y leal, como comprobarán ustedes con los años. Nada de ciencia ni de sabiduría, andando por el mundo; no. Pocos si-

glos fueron tributarios de la ciencia como el nuestro, hasta en las ocasiones menos graves. Hoy, la dama aristocrática que cita por teléfono á su amante, pone en juego, por este mero hecho, de la manera más gentil y más amable, una porción de teorías científicas abstrusas: ciencia pura, desde la electricidad, éter vibrando, hasta el anillo aislador de los auriculares. Y, sin embargo—se lo digo á ustedes con la mano puesta sobre el corazón—, pocas gentes tuvieron horror á la ciencia y tildaron de insoportables á sus aprendices como las de nuestro siglo. Por lo mismo, si están ustedes decididos á ir para sabios, háganlo con la más absoluta reserva; créanme. Que se enteren sus padres, si no puede evitarse; pero, por Dios, no se lo digan ustedes á sus novias... ¡Iban á oírlas! Mejor les perdonarían que tuvieran ustedes un apaño por esas golferías, que eso es de hombres. Pero la ciencia, los microbios, las cadenas laterales de Erlich, ¿no se avergüenzan ustedes de hablar de eso en la calle y entre gentes...? ¡A su edad...! No, no; ahí queda eso. Y ustedes, al mundo, á vivir, á ser jóvenes, como ahora dicen los que no lo son. Es Diciembre; pero aún aprovechan ustedes un poquitín de sol, aún andan mujeres bonitas por las calles y aún hay flores en Madrid: no cabe dudarlos, porque hasta aquí llegaron ¡horror! á la casa de un sabio... ¿Está entendido? Adiós, señores, hasta mañana... Padre, hágame usted el favor de acompañarles hasta la puerta.

GUEVARA

Estrechando la mano del Catedrático.

Adiós.

ESTREMERÁ

Estrechando la mano del Catedrático.

Hasta mañana.

ENRIQUE

Estrechando la mano del Catedrático.

Adiós.

Vuelve a aparecer CARMEN en la lateral derecha.

PABLO

Perdonen ustedes que no les acompañe; pero...

Con un gesto vago, les recuerda que ha de hablar con CARMEN.

CARMEN

A ENRIQUE, al pasar.

Diga usted á Glorita que no olvide mis encargos, si la ve al salir, Enrique.

ENRIQUE

Con mucho gusto, Carmen, si la veo.

CARMEN

¡Seguro...! ¡La casa es tan pequeña...! Adiós.

ENRIQUE

A los pies de usted, señora.

Salen los tres muchachos por el fondo, acompañados por el viejo bedel, que parece renovarse entre ellos; le rien los ojos y casi desencorva la figura. Quedan solos CARMEN y PABLO.

PABLO

¿Vas á salir?

CARMEN

¿No esperamos gente?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

32850

PABLO

Quintana; es verdad.

Y malhumorado parece dispuesto
á recluirse de nuevo en su laboratorio.

CARMEN

¿Qué me querías?

PABLO

¡Ah, no es nada...! Pero conviene que lo sepas,
por si contabas con ello. Estos recibos.

Saca de su cartera unos papeles,
que pone sobre la mesa y que CAR-
MEN examina atentamente.

Le he dicho á tu padre que no los cobrara.

CARMEN

¿Por qué? ¿No están pendientes? ¿No me tienes
dicho que eche mano de los recibos que están por
cobrar, en un apuro? Me habría guardado bien de
propasarme.

PABLO

Si no es eso.

CARMEN

¡Si es que, gracias á Dios, recuerdo tus mismísi-
mas palabras!

PABLO

Pero deja que te explique.

CARMEN

“Para que yo no tenga que mortificarme porque
no me diste otra razón —en estos pequeños apuros,
vete á mi Diario, que siempre está sobre mi mesa,
y que tu padre cobre las partidas sueltas: cuentas
de suero, recibos de análisis y reacciones.” ¿No fué
así?

PABLO

Así fué.

CARMEN

¿Entonces?... Pues te advierto que me convenía
cobrar estos recibos como el pan que como.

PABLO

Extiende otros hoy mismo.

CARMEN

Ya no quedan más. Desde que nos preparamos para el Congreso de Alemania, los trabajos útiles van escaseando. Sobre que la enfermedad de tu pobrecita hermana—y no te lo critico, Dios me libre—casi dobla los gastos del Laboratorio y de la casa. Conque tú dirás.

Ojeada á los dos recibos.

Son cien pesetas.

PABLO

Las tendrás mañana.

CARMEN

Bien; ¿pero es que no puedo saber el motivo? Si quiera para que me sirva en otro caso.

PABLO

Justamente: el precio. Lo has doblado sin decirme nada.

CARMEN

Perdóname; pero, probablemente, te habrías opuesto, y me parecía una locura. Hace dos años

que cobras á ese precio los análisis. Las de Arroyo me dijeron que es corriente, y aun que tú, con tu nombre y ser especialista, podrías cobrar más.

PABLO

Las de Arroyo, hija mía, tienen un padre ilustre, profesor eminente, cargado de honores oficiales y de sabiduría oficial, que sólo va á las casas de los enfermos cuando tienen ascensor: es el primer síntoma que le interesa para sus diagnósticos.

CARMEN

¿Dejarán tus trabajos de valer lo mismo que los suyos, porque vivan tus enfermos en distintas casas?

PABLO

Mis trabajos no; ¿quién lo discute? Pero no seamos tan materialistas. Tampoco el precio que tú escribes ahí representa el valor de esos trabajos. Es muy posible que, cobrando yo materialmente mucho menos que el padre ilustre de tus amiguitas, reciba, en cantidad moral, muchísimo más. Porque cinco pesetas de un cliente pobre representan la vida de su familia, un día ó su alegría un mes, mientras, en el otro caso, cincuenta pesetas valen para el rico la propina de un lacayo. ¿Ves tú, Carmen?

CARMEN

No digo que no. Lo que te aseguro, Pablo, es que por ahí cinco pesetas valen cinco pesetas, y cincuenta son diez veces cinco: no hay que darle vueltas. Ahora, si es preciso hacer las consideraciones que tú dices, tú resolverás. Pero á mi me atas las manos; te tendré que mortificar como al principio.

PABLO

Te marcaré de alguna manera en mi Diario los casos dudosos y fijaremos, de común acuerdo, precios especiales.

CARMEN

Como quieras.

Nueva ojeada á los recibos.

¿Y qué hago de estos dos?

PABLO

Lo que tú quieras.

Se acerca á la mesa y, uno tras otro, toma los recibos, mientras habla.

Esta es hija de una pobre viuda, á la que soste-

nía trabajando; borda; quince años... si tuviera cincuenta pesetas mensuales, para poder dejar el bastidor, se salvaría... Y éste, un muchacho, Saldaña, tú le recordarás; fué discípulo mío, hace unos años. Huérfano. Se ayudaba como podía, con trabajos improbables, para ir estudiando. De la noche á la mañana, presenta lesiones cerebrales que le incapacitan para estudiar y trabajar. Por de pronto, el hambre; después, probablemente, el manicomio... ahora ya sabes; tú harás lo que quieras.

CARMEN, sin afectación, pero intimamente conmovida, rompe los dos papeles.

CARMEN

¡Qué le vamos á hacer...! ¡Me arreglaré...!

Pablo, en un arranque, hace ademán de abrazarla satisfecho.

PABLO

¡Ah. eres buena!

CARMEN

Apartándose de él.

¡Quita; deja...!

PABLO

¿Me guardas rencor?

CARMEN

Si es que hueles á ácido fénico que apestas... ¡dichoso laboratorio...! ¡Y para lo que da!

PABLO

Cierto; perdona.

Una pausa; sin añadir palabra, PABLO se dirige al laboratorio.

CARMEN

¿Te vas?

PABLO

Tengo algunos encargos, y como...

CARMEN

Pues yo también necesitaba hablarte, por si acaso.

PABLO

Cuando quieras.

CARMEN

Es de mi padre; ya sé que vas á defenderle.

PABLO

No es que le defienda, Carmen. Pero ciertas razones, que tú eres perfectamente capaz de comprender, no están á su alcance.

CARMEN

Nos pone en ridículo: á ti, también. Precisamente con sus humillaciones aparatosas, que exagera adrede por mortificarme, te alcanza más á ti que á mí. No creas que no faltes, dejándole de aplicar un correctivo; de un tiempo á esta parte pasa de maniático.

PABLO

Si es que uno y otro os habéis empeñado en no ceder un ápice del terreno en que estáis; y yo no tengo nada que ver con vuestra terquedad: allá vos-

otros. ¿Tienes algo nuevo que decirme respecto á tu padre?

CARMEN

Nuevo, nuevo, no: ya sabes que él varía poco. Pero relativamente nuevo, sí. Desde hace unos días —y te advierto que si te hablo de ello es en tu bien—, desde hace unos días, me siento amenazada, lo que se llama amenazada seriamente por mi padre. Me acabé de convencer hace un momento. Él lleva su plan. Él te hablará de mí, yo no puedo decirte cuándo; pero te hablará. Y del alcance de sus calumnias estoy yo tan segura que, sin vacilar, ahora mismo, podría adelantarte nombres.

PABLO

Con disgusto de oírla.

Basta, calla.

CARMEN

Ya estás prevenido. Y conste que lo he dicho porque si te contagiara esta vez de sus manías, salíamos perdiendo todos: hasta tu hermana. Ya sabes que mi padre, puesto á criticar mis pasos, no mira nada: ni las necesidades de la casa, ni el que una tenga derecho á vivir un poco bien, decentemente,

siquiera por ti. Ahora, si necesitas más detalles, pide.

PABLO

¡Basta, y basta en redondo! ¡No oigo más! No es terquedad que uno y otro pongáis en no ceder. Es guerra abierta. Es algo más, antipático y odioso, que con el tiempo aumenta, que poco á poco va ganando terreno en esta casa, como un cáncer; que ya me toca á mí, á mí mismo, no lo dudes. Tengo que interrumpirme, hasta en mis lecciones, cuando os oigo... ¿pues qué es esto?... ¿Hay un resentimiento de algo inevitable entre vosotros dos? Para que la marcha normal de los sentimientos naturales entre un padre y una hija se quiebre y se altere de este modo, ocurre algo más que un matiz de diferencia en el carácter; es necesario un hecho, y aquí un hecho grave, que envenene, de una vez ó lentamente, lo más puro y limpio y seguro que hay en el mundo, señor: las leyes de la sangre. ¡Un hecho! ¡Sí, sí, un hecho!

CARMEN

Después de todo, no hay para que te pongas de este modo, Pablo. Tampoco te lo he dicho para tanto. Más en lo justo estabas antes, cuando me has dicho: "allá vosotros". Si hay resentimientos, grandes ó pequeños, entre mi padre y yo, ¿te alcanzarán á ti?

PABLO

¿Por qué no, Carmen, si entre vosotros dos no hay más hecho importante que yo, mi cariño por ti y los trastornos que trajo al principio?

CARMEN

Lo que es al principio...

PABLO

Concedido: ni tú ni yo hicimos caso de tu padre para querernos; pero es innegable que tú y yo nos casamos porque tu padre lo exigió; y éste sí fué un hecho; y decisivo. Ya ves, de pronto, tantos deberes y tantas obligaciones para un carácter como el tuyo, discolo y audaz... ¿qué dices, Carmen?

CARMEN

¡Quién piensa en eso!...

PABLO

¿Pero, no lo niegas?

CARMEN

No vale la pena.

PABLO

La valió en un tiempo todo lo que, de cerca ó de lejos, se refería á mi cariño.

CARMEN

Cada cosa á su tiempo, Señor. ¿Ó es que vamos á hablar de nuestro cariño toda la vida? Pues tú mismo, ¿no tienes tus cristales y tus reactivos? Si á mí me preocupan mi casa y mis trapitos, es muy justo; todo cambia.

PABLO

Demasiado cambia.

Discretamente dan con los nudillos en la puerta del fondo, que cerró el viejo, al salir con los discípulos.

GLORIA

¿Se puede?

CARMEN

Tu hermana.

PABLO

Entra, niña.

Entra GLORIA, trayendo unos cuantos tronquillos de leña, en una cesta, de mimbre.

Bien pensado; así, aviva el fuego; porque hace frío, hace frío en esta casa...

GLORIA

Me dijo Carmen que procuráramos tener la sala á buen temple, para cuando viniera ese señor Quintana, que puede hacer tanto por ti; que va á protegeros, ¿verdad, Carmen? Y como van á dar las cinco...

CARMEN

Me ha parecido justo, ya que al fin y al cabo se molesta por nosotros, que no le obligáramos á dar diente con diente en la visita... ¿ó no lo apruebas?

PABLO

¿He dicho algo?

CARMEN

Basta con mirar, á veces.

El viejo ISIDRO aparece en la puerta del fondo.

ISIDRO

¡Complicación!

PABLO

¿Qué pasa?

ISIDRO

Es á Carmen.

CARMEN

Será malo, cuando usted viene á decirlo.

ISIDRO

Regular. La chica se hace un lito; no sabe si cocer el té con agua ó si cocer el agua sola, ó si cocer la leche y añadirle el agua para que cunda luego, como siempre. Tazas no lleva rotas más que dos... El momento de fregotearlas un poco, porque echaran brillo, y las hizo añicos. Es mucha moza para esas finuras.

GLORIA

¿Quieres que vaya, Carmen?

CARMEN

Voy yo misma... ¿Te extraña también? ¿No es natural que le ofrezcas una taza de té?

PABLO

¡Si yo no lo tomo nunca!

CARMEN

¡Pero él sí!

PABLO

Muy bien, me entero; será que subimos... Pues

mira, nunca esperé que dieran mis estufas para tanto.

ISIDRO

No, y con poco que ayuden desde fuera—los Gobiernos quiero decir—, ¡automóvil tendrás, si á mano viene, con el tiempo!

A CARMEN, que le lanza una mirada furibunda.

¿A que tú ya le has echado el ojo, verdad, Carmen?

CARMEN

Más vale callarme.

PABLO

A ISIDRO, para cortar la discusión.

Y á usted también; le vale más.

CARMEN, llevándose la cesta de mimbre, se va por el fondo.

PABLO dice á GLORIA, que sigue arreglando la chimenea:

Basta, chiquitina, basta. ¿A qué te cansas? Ven aquí. ¿Vas á fatigarte, soplando, para nada?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO